

SAN JOSÉ, Diego (2016).

De cárcel en cárcel. Sevilla: Renacimiento (Biblioteca de la Memoria).

De cárcel en cárcel es un testimonio en el doble sentido de la palabra: por una parte, se presenta como texto cuya veracidad está avalada por la condición de testigo del narrador y, por otra, supone la denuncia de unos hechos significativos de una injusticia flagrante de la que derivan víctimas y victimarios. A ambas dimensiones sirven los mecanismos retóricos puestos en funcionamiento: por un lado, la reivindicación de un yo legitimado para testimoniar, que no cuenta de oídas ni inventa nada, que no representa literariamente sino que reproduce con fidelidad mediante la palabra escrita lo que ha visto; y, por otro lado, la dimensión moral, la demostración de que se ha perpetrado un daño histórico del que se derivan culpas colectivas pero también individuales que es preciso denunciar porque la desmemoria y el silencio favorecen siempre a los perpetradores y perjudican a las víctimas.

Diego San José (Madrid, 1884 – Redondela, 1962) se presenta en estas páginas como un individuo con una circunstancia, un entorno afectivo y social y una biografía concretos a quien los acontecimientos históricos convierten en miembro de un colectivo muy numeroso que sufrió una enorme dosis de violencia. Las muchas vicisitudes por las que pasa en los casi cinco años de encarcelamiento –algunas sufridas personalmente y otras presenciadas sobre las vidas de otros– se resumen en la destrucción consciente y programada de los valores del humanismo: la vida, la libertad, la dignidad y la integridad física de las personas dejan de ser derechos inalienables y universales. No es solo una deriva de la anomia producida por la guerra civil, sino algo más: lo que se representa es la maquinaria ideológica del fascismo. Se narra con sumo detalle y abundantes casos cómo el otro deja de ser visto como un igual; la violencia se ha institucionalizado, como una realidad incuestionable, como método y conjunto

de principios. El relato deja muy claro de qué manera Diego San José y sus compañeros presos, a ojos de los carceleros, de los policías y de los curas, han pasado a pertenecer a esa clase subhumana que solo merece reproches, humillaciones y castigos; no es alguien con quien dialogar, sino que, de un modo casi arbitrario, aun siendo reconocido como escritor de mérito, no por ello deja de pertenecer a las “hordas”, “turbas” o “masas”, conceptos reiterados durante la posguerra para referirse a un colectivo abstracto en el que no hay individuos conscientes, libres y humanos sino un todo que hay que someter con medidas represivas.

El proceso que arrostra Diego San José recuerda al de Josef K., el personaje de Kafka: los cargos son inconcretos; el acusado no sabe muy bien de qué defenderse, los tribunales están instalados en lugares inadecuados y formados por jueces ilegítimos, las leyes son arbitrarias e incognoscibles y el procedimiento sigue un ritual burocrático y mecanizado en el que ni el abogado defensor ejerce realmente la defensa ni el fiscal se toma la molestia de aquilatar la gravedad del delito, sino que por defecto pide siempre la pena de muerte. Como dice Juan Antonio Ríos Carratalá en el apéndice de esta edición, “la lógica procesal respondía al objetivo del exterminio” (p. 347) y no a esclarecer la verdad ni a distribuir justicia. *El proceso* comienza con estas palabras, que bien podría haber incluido San José en su texto: “Alguien debió de haber calumniado a Josef K., porque sin haber hecho nada malo, una mañana fue detenido”. De ahí la sorpresa comprensiva que, en ocasiones, San José encuentra en los carceleros y policías que lo reconocen, que a menudo sienten algo de compasión y que, sin embargo, no pueden dejar de participar de la banalización del mal de la que habló Hannah Arendt ni detener la máquina de la burocracia represiva.

El relato es pródigo en detalles sobre la vida carcelaria. Sacas, fusilamientos, torturas, vejaciones, maltratos... más el frío, el hacinamiento, la falta de higiene y la infraalimentación son descritas en detalle. También

Larraz, Fernando.

“*De cárcel en cárcel*, de Diego San José”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 9 (2017): 555-557.

DOI: 10.7203/KAM.9.10344 ISSN: 2340-1869

se abunda en los lazos de camaradería y amistad que se tejen o se reencuentran en la cárcel y, sobre todo, en el reconocimiento de la irreductible fidelidad y del heroísmo y sacrificio de su familia y de los otros presos.

Diego San José fue periodista y escritor y una de las humillaciones más lacerantes es que la acusación que sobre él recae se deba precisamente a su condición de intelectual. No es casual que el autor recoja varias veces el reproche de sus carceleros de que no estaría en tan lamentable estado si hubiese dedicado su pluma a loar a Franco o, al menos, si hubiera renunciado a opinar públicamente sobre asuntos políticos. Este imperativo de dejación de las obligaciones intelectuales está en la raíz del anti-intelectualismo fascista, puesto varias veces de manifiesto en las memorias. El tópico fascista de que la culpa última de los desastres a los que abocó el régimen republicano y, consiguientemente, de la guerra, fue de la inteligencia estúpida y fanática con sus ideales de libertad lo recoge San José en varios ejemplos palmarios: el fiscal utiliza el argumento, que San José entrecomilla para darle mayor veracidad, “de que precisamente por nuestra cultura mal empleada, éramos los culpables de todo, y así debíamos pagar con más rigor que los que habían cometido delitos sangrientos” (p. 112). Otro fiscal, el de la revisión de la pena, arguye que, entre todos los juzgados aquel día, “¡el peor de todos! era yo, que con mis libros y mis artículos, ¡hasta con mi refundición de *Fuenteovejuna!*, había incitado al pueblo a todos aquellos desmanes y tropelías” (p. 152). Es extensa la lista de escritores relacionados en estas páginas que comparten penurias con el autor; algunos de cierto renombre, como Pedro Luis de Gálvez, Joaquín Dicenta (hijo), Valentín de Pedro, Antonio de Hoyos y Vinent, Cipriano Rivas Cherif... Ninguno de ellos con delitos de sangre. Sin duda, no es casual semejante recelo ante la intelectualidad, que abrumadoramente estuvo del lado de la legalidad republicana, y de la misma ideología voluntarista y anti-intelectualista del catolicismo tradicionalista y del fascismo.

Las reflexiones de San José inciden también a menudo en el carácter antievangélico de la actuación de los franquistas, teóricos defensores de la civilización cristiana y de sus valores, en cuya actuación están totalmente ausentes el perdón, la caridad y la humildad. Y son valiosas las informaciones en primera persona que dedica a los intelectuales que habían sido entregados por las autoridades de ocupación alemana en Francia a la policía franquista –Rivas Cherif, Cruz Salido, Julián Zugazagoitia, Teodomiro Menéndez, Miguel Salvador y Carlos Montilla–, a quienes se trasladó a la cárcel de Porlier, donde en ese momento estaba San José. También deja para la consideración de la historia de los intelectuales españoles sugestivos retratos de algunos intelectuales franquistas, como el ridículo y volátil Ernesto Giménez Caballero y el fatuo delincuente y colaborador de la Gestapo y del régimen franquista César González Ruano, sobre quienes Ríos Carratalá aporta interesantes complementos informativos en el imprescindible apéndice, incluido el soneto que San José dedicó a González Ruano y en el que, aun compasivamente, lo llama “imbécil, rastrero y vano”.

En cuanto al uso de la primera persona, imagino a un narrador como San José acomodando el yo enunciativo y toda su retórica para disimular las marcas de ambigüedad y juego que caracterizan el discurso ficcional. El estilo es buscadamente sobrio. Es sumamente interesante ver cómo se autorrepresenta San José. Sus miedos y zozobras y sus dolores están revestidos de una dignidad nada ampulosa ni artificial, que iguala a la del colectivo de presos políticos que lo acompaña. No evita marcas retóricas en las que interviene en el discurso con acotaciones, ironías –nunca con hipérboles– a fin de dar una cierta altura literaria al texto. Pero siempre parece limitarse para evitar la excesiva literaturización del relato, que podría amenguar su verosimilitud ante el lector.

El pacto autobiográfico llega en ocasiones a estar incluso sobredimensionado retóri-

camente. Así ocurre en este fragmento que me parece especialmente significativo:

Yo no hago más que apuntar las referencias y auténticos testimonios que llegaron hasta mí por inmediatos familiares de las víctimas –en alguna ocasión, como en la referida rotonda de las Salesas, de los propios pacientes–, pero a buen seguro que los horrorizados lectores, cuando llegue a sus manos la copiosa literatura que en el espacio de dieciocho mortales años se ha ido nutriendo de infamias, sangre, odio y lágrimas, quedarán horrorizados y execrarán a este trágico pelele –vanidoso, vacío y cruel– como todavía se execra y abomina la memoria macabra de Fernando VII y su primer ministro Calomarde... [...] Algunas noches, después que vieron mis ojos aquellos guiñapos humanos –muy luego de habernos servido el rancho– me dieron el “postre”. Seis compañeros más iban a ser sacrificados en el holocausto al Jagarnac que tenía su guarida robada en El Pardo. Uno de ellos era el que tenían ya medio muerto. Como no podía ir por su pie, fue llevado en la misma camilla en que llegó y en ella recibió la muerte... (p. 122)

Creo que sobran explicaciones: el escritor ha detenido su redacción para insistir metanarrativamente en la reiteración del papel del yo, en las marcas que apuntalan la veracidad de lo relatado y en el motivo de su escritura. Pero sí que hay un asunto en el que merece la pena detenerse: la voluntad de que este texto, junto con todos los demás testimonios de la violencia sirvan de prueba de cargo histórica, esto es, de documento acusatorio; que Franco entre a la historia como lo que fue, la reencarnación del atávico fanatismo de la Inquisición –varias veces nombrada en las páginas de *De cárcel en cárcel*–, o del infausto Fernando VII. Esto otorga sentido a la labor del testigo. Leyendo las memorias de Diego San José no he podido dejar de recordar a aquel personaje de Max Aub que, ante la iniquidad de quienes quieren “envenenar la historia” con olvidos y encumbramientos del asesino, se ve obligado a escribir su propia memoria de la represión de Sevilla para después concluir lo siguiente:

Todos estos muertos han caído en el olvido. Claro, estos y millones más. Nada tiene importancia; es lo que repito [...] y lo que machaconamente me estuve metiendo en la mollera años y años, en España y aquí. Pero, si bien está que se olvide a los muertos, que los

muerdos –naturalmente– olviden a los muertos, lo que no me cabe en el entendimiento es la glorificación del asesino. ¡No! Que se sepa, aunque sólo sea una vez, por un Llorens del porvenir, que Queipo fue un asesino, un cochino asesino, un asesino...

No es esto lo que quería hacer constar al empezar a escribir. No se sabe nunca adónde se va a salir.

Creo que sí era eso lo que San José quería hacer constar al empezar a escribir *De cárcel en cárcel*. También creo que estaría de acuerdo con el personaje aubiano en la necesidad de que nosotros, lectores de aquel porvenir, sepamos, a pesar de todo lo dicho y de todo lo olvidado durante décadas, que Franco y los cómplices que levantaron el franquismo fueron –como Queipo– asesinos, cochinos asesinos, asesinos. Por eso, testimonios como este son tan importantes: como fuente histórica por supuesto, pero también como necesidad moral de verdad sobre la que construir un pacto de ciudadanía.

Me temo, sin embargo, que la difusión de este testimonio no será masiva. La memoria histórica adquirió en nuestro país, hace unos años, la forma de una moda que produjo una serie de artefactos culturales de muy diverso valor (algunos realmente penetrantes y necesarios y otros meros objetos de consumo, homenaje y museo). Dudo de que, pese a los esfuerzos de investigadores como Juan Antonio Ríos Carratalá, en nuestro país hayamos llegado nunca a acercarnos a la “era del testigo” de la que habló Annette Wieviorka: esa actitud de escucha social hacia quien es depositario de un secreto importante para el bien común, que suscita interrogantes que estamos dispuestos a plantearnos como sociedad hasta sus últimas consecuencias. Hay que seguir intentándolo difundiendo textos como este para que no quede duda de que, como dice el personaje de Fernando Fernán-Gómez, con el fin de la guerra no vino la paz sino algo que para muchos fue peor y para todos más duradero: la victoria.

FERNANDO LARRAZ
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
fernando.larraz@uah.es